

EL HOMBRE, POETA Y LOCO

○

EL SENTIDO POETICO DEL HOMBRE⁽¹⁾

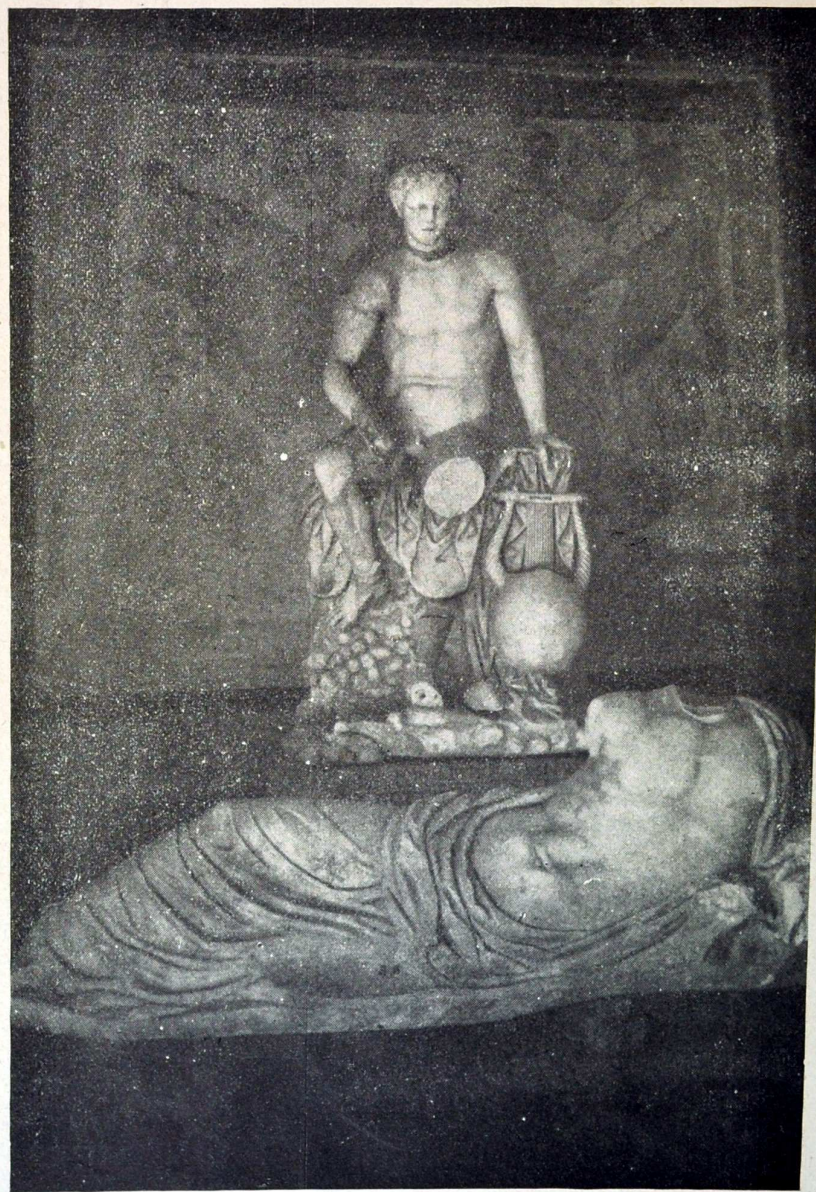
Por PEDRO CABA

II y último

EL HOMBRE, POETA ORIGINAL.—En todo busca el hombre al hombre: por medio de lo antinatural (Historia), de lo preternatural (Arte) o de lo sobrenatural (Religión). Transformar la Naturaleza en Historia es la misión y el designio de la cultura. Hasta que el hombre no pasa por la vera de las cosas, iluminándoles los flancos, (el espíritu como es una llama, mana luz) éstas no se «animan» y entran en danza mágica de coro. Es el profundo mito de Orfeo. Y lo mismo, las cosas artificiales: He aquí una mesa, unas sillas, unos libros, que obedecen dócilmente a un plano, a un sistema de finalidades inyectadas en la materia bruta por el hombre manufactor. Antes, ¿qué eran? Silice, roca, árbol, seres sordos y sin nombre. Pero llegó hasta ellos, hasta su materia bruta, y les abrió senderos, sentidos y fines en sus costados. Aunque el río no sea educado en el correccional de una turbina, o en la escuela fluvial de un dique; aun suponiendo que el viento no sea domado y cabalgado por el aeronauta o el ingeniero o que la luz entre en unas ecuaciones diferenciales o se preste a su análisis en un espectro, siempre ocurrirá que el mero hecho de que el hombre conozca esas cosas, basta para que desde su intemperie de cosas brutas queden mágicamente transformadas y entren en el corro del hombre. Con que éste considere las cosas, éstas quedan poéticamente transformadas en novias o fecundadas como esposas. Todo lo alumbraba el hombre (en el doble sentido de «alumbrar»), con su impulso poético.

Y es de tal entidad y estilo la vida biográfica, espiritual del hombre, que en vez de gastarse como la otra, como la biológica, en vez de ir envejeciendo, desintegrándose a medida que se realiza y cumple, la del hombre, cuanto más enérgicamente existe, cuanto más se realiza, más se enriquece, alumbraba e integra. El hombre es radioactivo, pero de radioactividad tan paradójica, que cuanto más se irradia, más riqueza tiene, quemando o consumiendo su soporte físico. El amor cuanto más intenso de combustión, más gasta la vida orgánica y más rico es como amor. El saber del sabio, a medida que aumenta su contenido, más conciencia le da de su ignorancia.

(1) Trabajo presentado a la primera Asamblea de Estudios Extremeños.



ALBUM EXTREMEÑO: Vista parcial, con la estatua de Mercurio, del Museo de Arte Romano de Mérida

pero la conciencia de la ignorancia es, a la vez, una alta expresión de sabiduría. El espíritu es lo único del mundo que dándose no se envejece ni se gasta. Pensemos en la caridad que arde, en la meditación que alumbra, en la fe que alimenta. Y ese espíritu es autor de sí mismo, quiero decir de su desarrollo y despliegue, cultivando la semilla que en sí mismo halla el hombre enterrada y que Alguien puso allí como siembra. El hombre es la gran paradoja del mundo. Como el soguero (otro de los más antiguos mitos) el hombre trenza su propia vida, y va delante de su propio trenzado, avanzando hacia la muerte, pero de espaldas a ella.

El hombre es un iluminado. En todo hombre se ve una expresión, una intención expresiva, algo que trasparece como el resplandor en una lámpara de alabastro, algo que transe la carne haciéndola traslúcida... Es un centro creador que arde, se ilumina a sí mismo y se vierte en la luz de su fisonomía. Pero también es un ser sonorísimo y musical, con sutiles metales de sonoridad. Hay algo que suena en el interior del hombre y por eso, y por otras razones, es *persona*, lo que *persuena*. Cuando hablamos, pues, del hombre, aludimos no a la efigie física o a la fisiología de ese ser, ni siquiera a las zonas psíquicas colindantes con lo corporal (como las emociones), sino al centro creador desde donde el hombre se dispara original y poeta. *Original* porque se origina a sí mismo, arrastrando para ello hasta el barro primero de los *orígenes*, allí donde suena el denominador común de lo humano, pues el hombre parte para la aventura de su existir, del compendio de todo lo que le antecede como espíritu y como cultura, tomando conciencia de sus fondos y resonando de *todo lo humano* que hasta él llega; y *poeta* porque es creador de cuanto le rodea, porque es inventor de la Historia como otra Naturaleza, porque es novelista de sí mismo, y novelista de los demás hombres. Bien pues, podemos decir no sólo que todo hombre es poeta, sino que todo poeta para serlo vero y profundo, ha de ser hombre casi universal. Descubrir la poesía deshumanizada es descubrir el círculo cuadrado.

... Y LOCO RAZONABLE. — He aquí a un ser extrañísimo, genial; se llama «el hombre», que consiste en no ser quien pueda ser y está llamado a ser; un tipo de vida que no tiene especie, y cada ejemplar es su especie única; en que cada uno es un centro creador, una isla metafísica que dialoga con el mundo y con los demás; un ser, en fin, que frente a la *sensatez* animal, parece un loco: Y resulta que el hombre es el único animal que vive y sabe que vive, tomando notas al margen de sí mismo, como un río que, además de no perder el pulso de su fluvialidad, fuera tomando nota de su curso y de su andadura, desde la propia ribera.

Como tiene una misteriosa emisora instalada en la rotonda de su cabeza, como un faro en lo alto de un roquedal, y un finísimo detector en la válvula oscilante del corazón, radia su mensaje a las cosas, que se le animan en torno en un pío universal, y desde las cosas al hombre, y desde el hombre a Dios, rebotando así en cada vez más ricas refracciones de su espíritu. Es el poeta del universo que pasa

ante las cosas, por entre sus avenidas, poniéndoles el cartelito de un nombre, y alumbrándoles veredas de sentido, de dirección, de utilidad y de servicio. Es el ente desconcertante que se instituye, por delegación divina, en ordenador y modificador del mundo, para otorgar el ser a lo que le rodea, y sin embargo, él mismo, dice que no es todavía quien viene al mundo a ser; más aún, que su ser consiste en lo que no es, alimentándose de futuro, que tampoco tiene una realidad, pues el futuro no sólo es lo que todavía no ha nacido, sino que, para ser esa irrealidad que es el futuro, tiene el hombre que inventarla. Reconozcamos que el hombre es un loco fundamental, esencialísimo, cuya locura es su única razón de ser. Por eso, el genio, el héroe, el santo, el hombre extraordinario nos parecen más ricamente hombres cuanto más locos nos parecen. De ahí la teoría superficial de que el genio y la locura van juntos e identificados, lo que es cierto, si no nos referimos a una locura episódica quizás de causa orgánica, sino a la otra locura esencial y metafísica que hay en él, y le es indispensable para ser hombre. Es la locura del héroe del Santo, del amante (una locura corroborada y certificada para ejemplo eterno, con la insigne locura de la Cruz). (El hombre está tocado de la manía de lo divino). Y lo casi asombroso, es que, gracias a estas chifladuras, el hombre es el único ser del mundo que tiene razón; que tiene razón para existir, y tiene razón en lo que dice y hace, cuando obra a impulsos de sus honduras, y tiene razón, *ratio*, parte, porción o chispa de la lumbre divina. Es el gran loco razonable del mundo.

EL HOMBRE NO ES EVOLUCION; SINO REVOLUCION.—
DIGNIDAD DEL HOMBRE.—Esta vida biográfica, esta actitud poética del hombre, le distingue esencial y taxativamente de todo animal: No hay Historia natural; ni el animal tiene Historia ni el hombre naturaleza. Son dos mundos distintos. Mientras el animal es un ser atado al pesebre de su horizonte vital por la rienda de los instintos de su especie, a los que obedece dócilmente y como dormido, el vivir del hombre siempre es novísimo y original: nada repite y lo que repite lo vive como nuevo. Todos los hombres aman, pero cada uno con una resonancia y un estilo personal que le distingue, de modo que cada muchacho que se siente enamorado, tiene la evidencia de estrenar el amor, inédito en el mundo hasta que él llegó y se puso a amar fervorosamente. No es una ilusión de enamorado; es que el amor que él siente no lo ha experimentado nadie antes ni lo experimentará después como el sentimiento artístico suyo, análogo al de otros, es sin embargo único e intransferible en él.

Además en el hombre no rige el principio de causalidad, sino el de motivación y el de finalidad que él mismo elabora. En él, todo es de lujo, superfluo o artístico. También al revés que en la Naturaleza, donde todo se mueve, actúa y circula siguiendo el sentido del menor esfuerzo: Las aguas corren hacia abajo, los astros escogen la gravitación más cómoda y el centro más próximo; los vegetales buscan el aire libre huyendo del aprisionamiento subterráneo de las raíces, como el animal busca el medio más corto y rápido

y barato para satisfacer su instinto. Se tiene la impresión de que toda la vida de la Naturaleza, en su evolución, tiende a elevarse, a desprenderse de lo vegetal para hacerse vida biológica, y luego deslizarse de lo animal para alcanzar el metal precioso de lo humano. Pero los biólogos y filósofos han solido entender que el espíritu del hombre no es sino el estadio supremo de ese desarrollo unitario de lo vivo natural, cuando no es su remate, sino su justificación. «Los antiguos fundadores de los pueblos grandes—decía el maestro Pérez de Oliva—después de hecho el edificio, mandaban poner su imagen esculpida en medio de la ciudad para que, por ella, se conociese el fundador. Así Dios, después de hecha la gran fábrica del mundo, puso al hombre en la tierra, que es el medio dél, porque en tal imagen se pudiese conocer quien lo había fabricado» (1). La biología darwinista se limitó a aseverar que cuanto hay en el hombre ya podía observarse, con distinto grado, en el animal. Para lo cual estudió al animal y no al hombre. No vió que el hombre es un ser caro, de lujo, inédito, sin antecedentes. No vió que no busca la línea del menor esfuerzo sino la curva, el rodeo, el riesgo; que, en fin, el hombre como tal no tiene naturaleza, sino que tiene historia, según dijo Dilthey y ha repetido Ortega.

¡Qué ceguera se necesita para no ver en el hombre más que un animal de categoría! Y que esto haya podido decirse por filósofos, psicólogos y hombres de ciencia! La verdad es que el hombre empieza donde el animal termina. No se puede hablar de una «historia natural» del hombre sin advertir honradamente que solamente por tratarse de una historia «natural» ya no se está hablando del hombre, sino de algún chimpancé con pretensiones. Y sin embargo, Darwin representa una época en que el hombre parecía gozoso en considerarse como un animal cualquiera. Recordemos que todo en aquella época se hizo «naturalista»; el arte, la novela, el amor. Era una batalla que se reñía contra el espiritualismo de aquel tiempo. Pretendían aquéllos que el hombre es un caso más de la evolución de las especies, sin advertir que el hombre no tiene especie; cada ejemplar constituye la suya única e irrepetible; es lo que los existencialistas indican ahora, cuando dicen que, en el hombre, su esencia es su existencia. Pero además la historia del hombre, no es una evolución, un progreso lineal e indefinido, sino que está llena de baches, curvas, crisis y Edades Medias, Romanticismos y Renacimientos. Tampoco cabe aplicar la supuesta adaptación al medio, porque el medio del hombre varía con su proyección poética: las especies, en fin, son económicas, y el darwinismo es marxismo en el fondo, pues si Darwin hizo del animal una especie de su hombre, Carlos Marx ha hecho del hombre un simple animal que se mueve económicamente; pero el hombre es fundamentalmente antieconómico y de lujo. San Agustín llamaba al demonio «el mono de Dios». Darwin hizo del mono un demonio de hombre.

El hombre, en verdad, huye de lo animal y fácil. Es vida desobe-

(1) Pérez de Oliva: «Diálogo de la dignidad del hombre».

deciendo a la Naturaleza, caso insólito a lo largo de la evolución y despliegue de la vida universal. Es la persona rebelándose contra la especie. Es el ejemplo vivo, extraño y original que viene al mundo a romper los eslabones de la evolución. El hombre no es *evolución* sino *revolución*, discontinuidad, gesto inédito en la Naturaleza, otra cosa que un caso más en el curso rítmico de la melodía de las especies. El mejor ejemplar animal es el «pura sangre», el «tipo» de cada especie, el que mejor repite y sintetiza las líneas generales de la suya. El mejor ejemplar humano, es el que más se distingue de los demás, el que más originalidad creadora acusa, el que en vez de una especie representada por él, tiene «personalidad», un formato novísimo tejido de Historia y de Poesía.

El hombre no puede definirse por su ser físico, porque es otra cosa que biología; es poesía o creación. Así como la Venus de Milo no es solo mármol, sino algo mucho más difícil de definir que el mármol, porque es arte; algo inmaterial que ha hecho de la piedra una diosa, y un dechado estético, de modo que con solo estudiar los materiales y la técnica de su autor no se alcanza el entendimiento último y esencial de la Venus, así tampoco se cata lo esencial del hombre, conociendo los materiales de que su cuerpo está hecho. No podemos decir que conocemos, de verdad, a un hombre porque sepamos cual es el color de su pelo, los centímetros de su talla y la fecha en que nació, como datos de sus materiales orgánicos. Tampoco basta con saber la contribución que paga, y el domicilio en que vive y los antecedentes de sus padres. Para conocerle hay que fijarse en él, en su singularidad, y radiografiarle el fino arbolismo de sus intenciones, sus anhelos, sus recuerdos, sus júbilos y sus penas. Hay que fijarse en su singularidad y amarle...

IDEARIO EXTREMEÑO

La espontaneidad y el entusiasmo forman los vínculos de las sociedades que nacen, como la razón ocupa el trono de las sociedades que marchan y la indiferencia y la duda el de las sociedades que perecen.

DONOSO CORTÉS

COSTUMBRES CACEREÑAS

La Guardia del Cuerpo del Señor

Por JOSÉ RAMÓN Y FERNÁNDEZ

RARO será el pueblo de Extremadura que no conserve entre sus más preciados recuerdos alguna costumbre típica enraizada en la ejemplar y valiosa historia de sus piedras doradas por la pátina de muchos siglos. Y más raro será todavía que esa costumbre no esté, de una u otra manera, enlazada con el ceremonial religioso de las más solemnes fiestas de la Iglesia, a las que la gente da el calor de su aportación en formas que a veces pueden parecer ritos populares pero que siempre tienen su liturgia especial, que se guarda y se transmite íntegra de unas generaciones a otras.

Costumbres curiosísimas y poco divulgadas conservan los pueblos cacereños, de una de las cuales voy a ocuparme ahora, ya que estamos en tiempo de Cuaresma.

El pueblo a que me refiero es el trujillano de Villamesías, de rancia historia, como lo acreditan las numerosas lápidas romanas encontradas en su término, las hachas de piedra eneolíticas recogidas en las márgenes del río Búrdalo, y los blasones que en las casas y en las losas sepulcrales perpetúan hazañas de vecinos ilustres.

En escenario de tan añeja historia se conserva la curiosa costumbre allí conocida con la expresiva frase de «Guardar el Cuerpo del Señor», guarda que se lleva a cabo durante los días de Jueves y Viernes Santo por los hombres de la villa que a ello se han ofrecido voluntariamente y con carácter de voto religioso.

Estos hombres, solteros, casados o viudos, ya que el estado no hace al caso, han de comulgar antes de cumplir su cometido y van vestidos con el mejor traje de que dispongan, llevando corbata y, además, pañuelos bordados que asoman por todos y cada uno de los bolsillos de la americana. Se cubren con capa y sombrero y van armados de sable y espingarda, muy adornados ambos con toda clase de cintas de colores. Los pañuelos de los solteros se los bordan primorosamente las novias respectivas.

Vestidos de esta guisa van a la iglesia estando presentes todos los ofrecidos mientras duran los oficios, que presencian con gran devoción y guardando la rígida posición de firmes.

Al terminarse los oficios de Jueves Santo, en los que todos los guardianes comulgan, se quedan tan solo dos de ellos encargados de la custodia del monumento, y por parejas se relevan día y noche